

LA CAMPAÑA DE PRENSA CONTRA MAURA A TRAVES DE «EL LIBERAL» DE MURCIA

POR

M.^ª DEL SOCORRO ARROYO CABELLO

Doctora en Ciencias de la Información

Las relaciones entre Maura y la Prensa nunca fueron demasiado buenas, en parte por la escasa importancia que le daba Maura, y en parte por la actitud hostil de los periódicos liberales. Desde que iniciara su mandato en 1907, el dirigente conservador hubo de hacer frente a varias campañas de Prensa, algunas durísimas, como la que se produjo con motivo del asunto Nozaleda. Precisamente fue en ese debate cuando Canalejas le advirtió del daño que le podría causar no tener en cuenta a la opinión pública. Como dice su biógrafo SEVILLA ANDRES, ése sería uno de sus mayores errores. En una época en la que la Prensa española pasaba por una gran transformación, sin duda que había de contar con aquello que él llamaba con desdén «cacicato de la publicidad» (1).

De todas las campañas con las que tuvo enfrentarse Maura, ninguna tan tenaz como la que tuvo lugar en octubre de 1909 tras la ejecución de Francisco Ferrer. Aquella campaña dirigida por el «trust» liberal alcanzó tales proporciones que sería uno de los factores determinantes de su caída.

Si la Prensa ha sido considerada alguna vez protagonista de la Historia, es en esta ocasión. En sucesos como éste, la Prensa ha probado suficientemente que no es sólo fuente de la Historia, sino también artífice de la misma. Es un elemento más a tener en cuenta para comprender el por qué de muchos de los sucesos que han acontecido en el pasado, los cuales sin la Prensa tal vez no hubieran sucedido o se hubieran producido de otro modo.

(1) SEVILLA ANDRES: *Antonio Maura. La revolución desde arriba*, Barcelona, Aedos, 1954, pág. 182.



Pues bien, sobre el origen, desarrollo y consecuencias de la campaña ferrerista va a tratar este artículo, para cuya elaboración se han seguido las páginas de uno de los periódicos del «trust», *El Liberal* de Murcia.

La campaña ferrerista

Con este nombre se denomina el acoso de la Prensa a Maura durante el otoño de 1909, motivado por la condena a muerte que el gobierno conservador firmó contra Francisco Ferrer, principal acusado de los desmanes que se produjeron en Barcelona del 26 al 30 de julio de 1909, conocidos como la Semana Trágica.

Las medidas gubernamentales adoptadas para sofocar la revuelta, así como las que se sucedieron para castigar a los responsables, dieron lugar a una oleada de protestas dentro y fuera de España. En el exterior tuvo tal repercusión la muerte de Ferrer que se celebraron manifestaciones en distintas capitales europeas. En España se profirieron insultos contra el Gobierno, en los periódicos y en la calle. Responsable de esta clamorosa repulsa popular fueron las publicaciones del «trust», a las que se adhirieron los diarios republicanos y socialistas con el objetivo común de echar a Maura de la jefatura del Gobierno.

Desde el principio, la campaña estuvo muy bien orquestada y obedecía a una estrategia política. Detrás de la Prensa estaba el recientemente creado Bloque de Izquierdas, verdadero móvil de la operación.

La transformación del Bloque de Izquierdas en antimaurista se produce con la intervención de Moret en el mitin de Zaragoza el 18 de noviembre de 1908, y se consagra en el de Valladolid del 1 de marzo siguiente. Su primera actuación contra Maura tiene lugar en el caso Nozaleda, prosigue con la ley antiterrorista y culmina con el asunto Ferrer.

En octubre de 1909 componían el Bloque los liberales dinásticos y la izquierda antidinástica, integrada por republicanos y socialistas, lo que parece a primera vista contradictorio, si no fuera porque muy posiblemente pensara Moret ayudarse de los antidinásticos con el exclusivo objeto de derribar a Maura (2).

El momento que escogieron fue la primera sesión que celebraba el Congreso tras la campaña ferrerista en Europa. No fue, por consiguiente, la persecución del Gobierno a los periódicos lo que originó la campaña, sino servir de apoyo a la política del Bloque.

La actitud represiva del ministro de la Gobernación Juan de la Cierva fue muy criticada tanto en España como en el extranjero. La oposición española lle-

(2) SEVILLA ANDRES: op. cit., pág. 375.



vó a cabo la protesta en dos frentes: el Congreso y la Prensa. Veremos después cómo en ambas instituciones se siguió la política del Bloque de izquierdas. Los diputados liberales, a cuyo frente se hallaba Moret, y los periódicos encabezados por los del «trust» actuaron conjuntamente. De este modo, y con la aquiescencia de la Prensa republicano-socialista, derribaron a Maura.

Pero si conocemos ya qué agrupaciones políticas formaban parte del Bloque de izquierdas, ¿no convendría saber también quiénes estaban detrás del «trust» periodístico?

La creación del «trust»

La Sociedad Editorial de España se creó en abril de 1906 por iniciativa de Miguel Moya y Antonio Sacristán, presidente y vicepresidente, respectivamente, de la Sociedad de *El Liberal*, quienes entraron en negociaciones con los Gasset para la incorporación de *El Imparcial* —que pasaba por una situación económica difícil— y cuyo resultado sería la fusión de ambas empresas y el comienzo de lo que más tarde se convertiría en un poderoso «trust» periodístico. Enseguida se dieron cuenta Moya y Sacristán de la conveniencia de contar con otros periódicos e iniciaron las gestiones oportunas para adquirir *Heraldo de Madrid*. Tarea nada fácil, ya que Canalejas no estaba interesado en la venta, y además pedía una fuerte suma con la que no contaban Moya y Sacristán. Para llevar a cabo la adquisición del periódico hubieron de recurrir a Juan de la Cierva, quien proporcionó la cantidad necesaria para comprar *Heraldo de Madrid*. El protagonista de la anécdota lo relata así:

«Por aquella época vinieron a verme en Madrid un médico que yo había conocido en San Pedro del Pinatar, Ferrero, con Ortega Muni-lla. Después me visitaron Miguel Moya y Sacristán. Me dijeron que *El Liberal* y *El Imparcial* se habían fusionado, y trataban de adquirir *El Heraldo*, entonces de Canalejas, para formar con otros periódicos de provincias un poderoso trust. Querían levantar el nivel de la prensa y aplicar la gran fuerza de que dispondrían a los más altos fines nacionales de progreso económico y de cultura. Canalejas les había dado una opción por 15 días, de los cuales eran transcurridos seis o siete dedicados a buscar el millón y medio de pesetas que pedía, al contado. Ni Allende, el millonario de Bilbao, ni Urquijo el banquero, ni Dato habían podido complacerles, y pensaron que tal vez yo, con mis amigos, lo podría hacer. Era un préstamo por 3 meses, todo lo más seis, que ellos reintegrarían puntualmente. Les contesté que lo pensaría y vería si encontraba medios para servirles, aunque era difícil. Hablé con Maura y me alentó, creyendo que era una gran fuerza que de ir en un sentido o en otro podía hacer mucho bien y mucho mal. Me aconsejó que viera a Dato. Lo hice, pero me convencí de que no quería ayudar-



les, y me dijo que tampoco yo debía hacerlo. Escribí a don José Maestre explicando el asunto, y me contestó que llegaría tal día con el dinero y podía anunciarlo. La alegría de aquellos señores no tuvo límites. Me ofrecieron fidelidad absoluta y quise supieran que Maura me había inclinado a complacerles. La operación se hizo en el Banco de España, con la responsabilidad y garantía de Maestre. En un cheque contra mi cuenta corriente del Banco de España les entregué el dinero. A los seis meses devolvieron el préstamo con los intereses del Banco, único gasto que tuvieron» (3).

De esta forma, paradojas de la vida, fueron políticos conservadores los que hicieron posible la formación de una poderosa cadena de periódicos, que con el tiempo se iba a convertir en su peor enemigo.

En el mes de mayo quedaba incorporado a la nueva Sociedad *Heraldo de Madrid*. Al parecer, en ese tiempo se hicieron también algunos intentos de compra de *ABC* con la familia Luca de Tena, pero resultaron infructuosos: *ABC* iba a ser uno de los pocos que harían frente al monopolio de la prensa liberal cuando arreció la campaña ferrerista.

Las razones que llevaron a la creación del «trust» parecieron, en un primer momento, de carácter exclusivamente económico, dirigidas a unificar gastos, mejorar la maquinaria, contratar servicios informativos comunes, etc. Sin embargo, siempre existió la sospecha de que los fines de la Sociedad Editorial de España eran otros. La opinión pública no se creyó nunca que aquella Sociedad, que iba extendiendo sus tentáculos por toda España, fuera únicamente un imperio económico. Con este motivo se especuló muchos en el resto de la Prensa sobre la procedencia del dinero, e incluso se produjeron polémicas entre los periódicos como la que mantuvo *El Liberal* con *El Mundo* en septiembre de 1909. Por ello, el 13 de mayo *El Liberal* salía al paso de los rumores, asegurando que el periódico venía ganando al año 300.000 pesetas y que una acción de *El Liberal* comprada hace tiempo a 7.200 pesetas valía ahora 24.000 pesetas. Nada tenía de extraño, por tanto, que la empresa pudiera adquirir los «liberales» de provincias.

A pesar de ello nadie se creyó que detrás no hubiera intereses políticos. «*El Liberal*» insistía una y otra vez en la falta de fundamento de esos comentarios, pero la verdad es que los argumentos que daba eran poco convincentes. Así, el 8 de mayo de 1906 el artículo de fondo de *El Liberal* se titulaba «Hablemos del trust» y en él se desmentían los fines que se le atribuían e insistía en señalar que, si bien prometía ser una fuerza poderosa, no se emplearía en hacer ministerios o sindicatos, sino en consolidar los respetos debidos a la profesión. De nuevo, al día siguiente, vuelve a hacer hincapié en los fines exclusivamente periodísticos de la Sociedad y subraya que el comité ejecutivo lo compondrán solamente perio-

(3) DE LA CIERVA: *Notas de mi vida*, Madrid, Instituto Editorial Reus, S. A., 1955, pág. 76.



distas, sin que se persiga ningún fin político ni financiero, sino únicamente periodístico. Y para tranquilizar a los demás, termina diciendo que cada periódico conservará su actual fisonomía, sin modificar las redacciones.

Finalmente, el día 18 se dan a conocer públicamente las características de la Sociedad Editorial de España en un documento que publican conjuntamente *El Liberal*, *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*, y del que se hacen eco los diarios de provincias. Se trata de toda una declaración de principios, en la que se asegura que:

- La Sociedad Editorial de España no es obra de hombres de partido ni de hombres de negocios, es sencillamente de periodistas.
- «La Sociedad Editorial de España no se funda para monopolizar la influencia de la Prensa política ni para reducir a un centro común de acción las campañas de los periódicos».
- «*El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid* conservarán su fisonomía, la opinión liberal. Cada uno tendrá su director y redactores con absoluta independencia de criterio».
- «Nada de monopolio del pensamiento».
- «El dinero viene del público, de los periodistas».
- Los organizadores, los fundadores, los gerentes de la Sociedad Editorial de España, que ocupan en la Prensa española lugar preferente —superior, sin duda, a sus méritos— entregan al país como garantía de la independencia de esos periódicos su absoluto y total apartamiento de las luchas políticas, su renunciación voluntaria a toda aspiración de intervenir en los cargos públicos y en la gobernación del Estado».

A continuación da cuenta el capital de la Sociedad de los periódicos que la integran y de las personas que componen el Comité Ejecutivo.

De hecho, el documento siguió sin convencer y la opinión pública lo acogió con reticencia. El tiempo se encargaría de demostrar que aquellos principios no correspondían a la realidad y que la Sociedad Editorial de España se convertiría en un auténtico grupo de presión.

A pesar del carácter apolítico de que hacía gala la nueva Sociedad, desde el primer momento se vio que detrás del «trust» había una agrupación política. ¿Pero, cuál?

Dirigía el «trust» un Comité Ejecutivo con amplísimos poderes, del que formaban parte Miguel Moya como presidente, Ortega Munilla, vicepresidente; José Gasset y Chinchilla, secretario, y Antonio Sacristán, inspector gerente. Todos ellos directores o propietarios de periódicos. Hasta aquí nada que objetar, si no fuera porque todos ellos militaban en la misma coalición política.



Miguel Moya, de ideología claramente republicana, era diputado y presidente de *El Liberal*; José Ortega Munilla, de ideología liberal dinástica, también era diputado y había sido director de *El Imparcial*; José Gasset y Chinchilla, era diputado liberal y propietario de *El Imparcial*, y Antonio Sacristán, importante hombre de negocios y vicepresidente de *El Liberal*, figuraba en la candidatura liberal al Congreso. Como vemos, dadas las afinidades ideológicas de los cuatro, no resulta disparatado si pensamos en que aquel poderoso «trust» periodístico iba a propagar y hacer causa común con el partido liberal y sus aliados del Bloque de Izquierdas.

Enseguida, y pese a los esfuerzos por negarlo, se descubrieron las intenciones políticas que lo animaban. La primera manifestación pública tuvo lugar el 15 de enero de 1907 cuando el gobierno conservador, que presidía Maura, convocó elecciones generales. Juan de la Cierva, ministro de la Gobernación entonces, y protagonista de la anécdota, dice refiriéndose a esto:

«Miguel Moya y los demás del trust periodístico me obsequiaron con un banquete. Se ofrecieron para todo y me entregaron una lista de candidatos para diputados. Eran todos liberales o republicanos. Los directores, principales redactores y amigos protegidos suyos. Les expliqué en varias conferencias la situación en que me encontraba; la necesidad de una mayoría para realizar el programa de gobierno. No se convencieron. Insistieron, pero yo no podía complacerles salvo en las personalidades importantes consagradas ya en el Parlamento. Comenzaron los enojos, que luego se trocaron en disgustos, y, finalmente, atacaron a Maura, diciéndome que yo era sagrado, pero al presidente le habían de combatir. Pedí que cambiaran el blanco y me atacaran a mí, pero en cuanto al presidente, que estaba enterado de la operación hecha a favor del «trust», la crítica serena de la política podía hacerse, pero la sistemática hostilidad de los tres periódicos no era justa. Resumen: comenzó la lucha tenaz, sin límites ni escrúpulos por su parte y con el propósito de acreditar la gran fuerza de que disponían abatiéndome y derribándome» (4).

En efecto, a partir de entonces los tres diarios madrileños —los de mayor circulación de España—, secundados por los restantes periódicos del «trust», iniciaron una campaña de Prensa antimaurista, que se mantuvo durante los tres años que el Gobierno estuvo en el Poder (5).

Pero la formación de este monopolio periodístico ya empezó a gestarse años antes cuando Moya y Sacristán, que habían heredado un paquete de acciones de

(4) DE LA CIERVA: op. cit., pág. 85.

(5) GÓMEZ APARICIO: *H.ª del Periodismo español. De las guerras coloniales a la Dictadura*, Madrid, Editora Nacional, 1974, pág. 254.



«*El Liberal*, se lanzaron a la compra de varios periódicos en provincias. Pedro Gómez Aparicio nos da cuenta de cómo se llevó a cabo la operación.

«De un modo sistemático la Sociedad Editorial de España venía extendiendo sus tentáculos por la totalidad del mapa nacional, y con ese propósito ya habían sido fundados: el 6 de enero de 1901, «*El Liberal*» de Sevilla, para penetrar en Andalucía occidental; el 6 de abril, «*El Liberal*» de Barcelona, para hacerlo en Cataluña y el 6 de julio «*El Liberal*» de Bilbao, para que no quedase al margen el país vasco; y al objeto de asentarse en la región levantina, fue adquirido el diario murciano «*Las Provincias de Levante*», que el 30 de julio de 1902 se transformó en «*El Liberal*» de Murcia. Ya organizado el «trust», su presencia en la Andalucía oriental se encomendó a «*El Defensor*» de Granada», adquirido a su fundador y propietario, Luis Seco de Lucena, el 9 de diciembre de 1907. Aún restaba la región galaico-asturiana, donde Miguel Moya y Antonio Sacristán entraron en tratos para adquirir «*El Faro*» de Vigo, pero fracasada la negociación, la Sociedad acabó por comprar en Gijón «*El Noroeste*», operación ultimada el 25 de enero de 1908. El imperio del «trust» quedaba así formado nada menos que por nueve importantes diarios, de los que cinco ostentaban el título común de «*El Liberal*» (6).

La Sociedad Editorial de España contó además en su haber con dos publicaciones no diarias: el semanario gráfico *La Semana Ilustrada*, fundado el 4 de mayo de 1907, y *La Moda Práctica*.

La similitud de todos los periódicos que formaban parte del «trust» resalta a primera vista. A poco que se hojeen nos damos cuenta de las características comunes, no sólo en cuanto a formato, n.º de páginas, etc., sino también —lo que es más importante— por lo que hace a su filosofía.

El primer número de *El Liberal* de Murcia confirma lo que acabo de decir. En su presentación «Al Público» el 30 de julio de 1902 afirma que es una prolongación más de *El Liberal*, del que se conoce ya su bien definida actitud, su fin y sus procedimientos. «En este sentido, aseguramos aquí, como en Barcelona y en Sevilla y en Bilbao, que somos el propio «*El Liberal*» que, respondiendo a las rápidas transformaciones de la vida nacional, fatalmente gobernada por el impulso grandioso de las ideas modernas, acércese a la opinión buscando la fuente sincera del sentir general, en este país necesitado de reformas, de alientos, de esa personalidad efectiva que constituye el verdadero régimen de las democracias. Venimos aquí como fuimos a otras regiones, a sentir el latido de la opinión en el propio corazón de esta hermosa tierra; a recoger la queja de sus necesida-

(6) GOMEZ APARICIO: op. cit., pág. 246.



des, el eco de sus aspiraciones, a defender sus intereses y a conquistar su efecto. Y para realizar este propósito traemos, aparte de nuestra honrada y bien dispuesta voluntad, la historia y el prestigio de una publicación amada del pueblo, así como la independencia absoluta de quien a todos los actos sólo se atiene a las determinaciones de su propia conciencia...».

Y prosigue, insistiendo en la vinculación del periódico murciano con sus otros colegas. «El éxito grandioso por lo rápido, importante y decisivo, alcanzado por *El Liberal* en Barcelona, en Sevilla y en Bilbao ha apresurado la realización de nuestro propósito de extender también a la región levantina las ramas henchidas de vigor y de vida del tronco común, con la esperanza de obtener el mismo felicísimo resultado por la ya indicada compenetración con la opinión pública en que tantos años hace que vivimos...».

Como se ve, no se trata de periódicos distintos, sino de un mismo periódico, el cual, aparte de algunas informaciones de carácter local, lo que pretende es difundir las ideas liberales por las diferentes regiones españolas. Por otra parte, el hecho de que el Comité ejecutivo de la Sociedad Editorial de España fuera quien designara a los directores de los diarios de provincias viene a confirmar lo que ya sabemos. En Murcia se nombró director de *El Liberal* a Mariano Perni. Pero sigamos con el editorial de este primer número de *El Liberal* de Murcia, que tiene un gran interés, en tanto nos permite conocer los fines del «trust».

«Expuesto nuestro propósito, sólo nos resta repetir aquí, como lo hicimos en las demás regiones, en garantía de su cumplimiento, las palabras que puestas al frente del primer número de *El Liberal* el día 31 de mayo de 1879, han sido, son y serán la única norma de nuestra conducta y la sana inspiración de nuestros trabajos.

Nos pertenecemos. Somos de nosotros mismos. Ninguna personalidad, ningún hombre de Estado, ninguna agrupación política, ningún interés, ambición alguna está sobre nosotros. Detrás de *El Liberal* hay solamente una fe ciega en las ideas democráticas, entusiasmo inextinguible por su difusión, decisión inquebrantable de ser justos en todo y con todos».

Sin embargo, pronto se vio que esta declaración de independencia política era sólo palabras. Más adelante podremos comprobar como el diario murciano participaría activamente en la campaña de Prensa contra Maura que emprendieron los periódicos del «trust».

La campaña antimaurista de la Sociedad Editorial de España a través de «El Liberal» de Murcia

Los gravísimos sucesos ocurridos en Barcelona los últimos días de julio de 1909 aconsejaron al Gobierno imponer la censura. La Prensa se vio, así, obsta-



culizada para informar acerca de las detenciones, consejos sumarisísimos y ejecuciones que sucedieron a la Semana Trágica. Obviamente, los periódicos no se conformaron y condenaron desde sus páginas la actitud del Gobierno, especialmente la del ministro de la Gobernación Juan de la Cierva. Con este motivo, y sirviendo como pretexto la persecución a la Prensa, la Sociedad Editorial de España emprendió una campaña antimaurista en toda España. La campaña duró unos cuatro meses —de julio a noviembre— y podemos decir que se desarrolló en tres etapas. La primera se inicia a finales del mes de julio, nada más estallar la revuelta en la ciudad condal; la segunda empieza en el mes de octubre, después de la ejecución de Ferrer, y la tercera coincide con el comienzo del debate parlamentario a mediados de octubre y termina con la dimisión de Maura el día 21 de ese mismo mes.

He creído encontrar en esta campaña una estrategia distinta, que cambia conforme evoluciona la situación político-social. Esta ha sido la razón por la que he dividido en tres etapas la campaña. Cada una de ellas corresponde a una circunstancia sociopolítica, que es aprovechada por el «trust» para atacar a Maura. Así, en un primer momento, fue la censura; después, la ejecución de Francisco Ferrer y, finalmente, la ruptura del partido liberal con el Gobierno.

El 27 de julio, en *El Liberal* de Murcia aparecen las primeras críticas a las medidas represivas del ministro de la Cierva; críticas que continúan en el mes de agosto. El día 10, en su tercera página, el periódico recoge una información telegráfica procedente de *El Liberal* de Madrid, en la que da cuenta de la protesta de toda la Prensa no gubernamental por el trato que está recibiendo del Gobierno. Al parecer, esto era lo que acaparaba la atención de los periódicos del «trust». De este modo se explica que la detención el 2 de septiembre de Francisco Ferrer no mereciera para *El Liberal* murciano más que un pequeño espacio en la tercera página.

Durante el mes de septiembre el «trust» emprende una verdadera movilización periodística por toda España. Se celebran reuniones de directores de periódicos, visitan al Rey Ortega Munilla, Soldevilla y Trulló para informarle de las tensas relaciones entre la Prensa y el Gobierno, y se llega incluso a organizar viajes de periodistas madrileños con el fin de solicitar la adhesión de sus colegas de provincias. Referente a esto, decía el 18 de septiembre *El Liberal* de Murcia:

«La protesta de la prensa de Madrid cuenta ya con muchas adhesiones de los periódicos de provincias; que, como nosotros, no creyéndose merecedores de las medidas de rigor empleadas, recaban el concepto que por justicia a su proceder y a su dignidad corresponden».

En Murcia la protesta es apoyada, además de por *El Liberal*, por *Región de Murcia* que dirigía Jara Carrillo. Ni *El Tiempo*, ni *La Verdad* se unieron a ello debido a que tanto uno como otro eran conservadores.



El día 19 se celebra una reunión en la sede de *El Liberal* de Murcia a la que asisten la mayoría de los representantes de la Prensa local y Eduardo Rosón, redactor de *El Liberal* madrileño, el cual había viajado a Murcia especialmente para ello. A la reunión no fueron invitados *La Verdad* y *El Tiempo*. «Por ser conocida la política que defienden y el criterio públicamente expresado en sus columnas, su actitud disidente de este movimiento nacional de protesta». El director de *Región de Levante*, Jara Carrillo, confirmó la adhesión incondicional de su periódico.

En días sucesivos prosigue la movilización de los periódicos liberales contra el Gobierno. A lo largo del mes de septiembre comienzan a publicarse entrevistas con personas relevantes, que se pronuncian a favor de la campaña de Prensa. Entre ellas se encuentran Canalejas, el exministro conservador Sánchez de Toca, Joaquín Costa, Pérez Galdós...

Por aquellas fechas, el día 20, aparece en *El Liberal* de Madrid un artículo de Miguel Moya titulado «Las revoluciones», que constituye una advertencia a la opinión pública sobre el momento político y que es reproducido en parte por su colega murciano.

Así llegamos al 9 de octubre, en que se celebra el Consejo de Guerra contra Francisco Ferrer. Hasta el momento, la campaña de Prensa se ha dedicado a protestar por el silencio que le ha impuesto el Gobierno; a partir de ahora empleará todas sus fuerzas en atacarle por la ejecución de Ferrer. El objetivo sigue siendo el mismo: derribar a Maura; lo que ha variado es la estrategia.

El día 13 es ejecutado Francisco Ferrer en los fosos de Montjuich, y con este motivo en varias ciudades europeas se producen manifestaciones de condena. Este hecho es aprovechado por los diarios del «trust» para arremeter contra el Gobierno, si cabe con más tesón.

En las páginas de los periódicos pueden leerse esos días telegramas, en los que se informa de los graves desórdenes ocurridos en París, Roma, Oporto... Se habla de un asalto a la embajada en París y de una manifestación en la que han participado 50.000 personas. Se dice que en Oporto la policía vigila el Consulado español para impedir que sea asaltado. Se asegura que «*La Matin* y *L'Humanité*» serán procesados por los números extraordinarios que sirvieron de convocatoria para la manifestación.

Precisamente esos telegramas sirvieron de argumento al ministro de la Gobernación para acusar de manipulación a los periódicos del «trust». Asimismo, obligó a intervenir al director de *ABC*, Torcuato Luca de Tena, quien el día 16 cursó un telegrama a los directores de los principales periódicos europeos informándoles de la verdad del proceso Ferrer (7).

(7) GARCIA VENERO: *Torcuato Luca de Tena y Alvarez Ossorio*. Una vida al servicio de España, Madrid, Prensa Española, 1961.



El 18 dio comienzo el debate parlamentario con un discurso de Moret, en el que pedía a la mayoría su separación de Maura. Pero al día siguiente cambió por completo de actitud, y de un llamamiento a la mayoría pasó a una cerril oposición a Maura. Desde ese instante, los periódicos del «trust» se dedicaron a pedir abiertamente la dimisión del Presidente. Estamos en la tercera etapa de la campaña.

El día 10 prosiguió el debate en el Congreso, pero esta vez los ataques se dirigieron contra el ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva. Fue entonces cuando el ministro acusó de manipulación a los periódicos del «trust», basándose para ello en los telegramas publicados sobre las manifestaciones europeas. Años después, el protagonista de aquellos sucesos lo cuenta así:

«Los periódicos del «trust» publicaron con grandes caracteres telegramas de París dando cuenta de una manifestación de cien mil personas contra España y el fusilamiento de Ferrer. De que habían llenado de barro nuestro escudo en la Embajada y de que la efervescencia era muy grande. Nuestro embajador en París calculaba en seis mil y ocho mil personas las que iban en la manifestación, y la agencia Fabras, que suscribía los telegramas me enseñó el texto y figuraba el número en unos diez mil. Hice que me escribieran manifestando que ese era el número que habían comunicado a los periódicos, y comprobé, además, que ningún otro telegramas habían recibido los del «trust» sobre ese asunto».

La campaña estaba tocando a su fin. Aquel debate fue el desencadenante de una serie de sucesos que acabaría irremediamente con la caída del Gobierno. De La Cierva prosiguió su intervención acusando de difamación a la campaña periodística. Lo cual provocó un escándalo mayúsculo. Pero continuemos con el relato de aquella memorable sesión:

«Con tales datos abordé aquella tarde la cuestión de los malos españoles, que cooperaban a la campaña de difamación con falsedades e insidias, y cité el caso con presentación de antecedentes y documentos. El efecto fue enorme. Miguel Moya me amenazaba con el Código Penal, gritando que revelar la correspondencia de los periódicos es un delito. Yo le replicaba que tenía derecho a intervenir el telégrafo y, sobre todo, le preguntaba si era o no cierto lo que yo había dicho. No me contestaba y seguía gritando; pero quedó acreditado que contra el buen nombre de España se empleaba el engaño y la mixtificación. La Cámara se le vino encima a Moya y los aplausos frenéticos de la mayoría revelaban su resolución de no consentir tales procedimientos» (8).

(8) DE LA CIERVA: op. cit., pág. 149.



Moret fue el encargado de responder al ministro, y el debate se caldeó cuando éste, en el turno de réplica, llegó a responsabilizar al dirigente liberal del atentado contra los Reyes en la calle Mayor. Acusación tan grave fue la gota que colmó el vaso. Inmediatamente, Moret rompió toda relación con el Gobierno y anunció que las minorías liberal y demócrata no volverían a comparecer en el Congreso mientras el partido conservador estuviera en el Poder. Se quebraba así el sistema bipartidista establecido en la Restauración.

Como es obvio, la Prensa dio durante esos días cumplida cuenta de las sesiones, y los periódicos del «trust» arreciaron más si cabe contra el Gobierno, preparando de este modo, el paso a los liberales. En este sentido, *El Liberal* de Murcia se hacía eco el día 19 de un artículo de *Diario Universal* titulado «Por la Patria y por la monarquía. Ni una hora más». El artículo decía así:

«Robusto el partido liberal y capaz como instrumento de gobierno, cumpliendo un deber dirá en las Cortes que el Gobierno de Maura no puede seguir guiando a España ni una hora más por la salud de la patria y por interés de la monarquía».

La campaña culmina el día 21 con el artículo de *El Imparcial*, «¿Pueden ser monárquicos los liberales?», que supone para el Gobierno el golpe definitivo. Por medio de este artículo, que por otra parte está en perfecta consonancia con la actitud adoptada por el partido liberal en el Congreso, el Bloque de Izquierdas y la Sociedad Editorial de España presionan sobre la Corona exigiendo el cese inmediato de Maura.

«¿Pueden ser monárquicos los liberales?».

Bajo este título *El Imparcial* conminaba al Rey a optar por los liberales, si quería salvar el turno de partidos que amenazaba con romperse. En el fondo, lo que el periódico pretendía era afianzar la aspiración política de Moret, teniendo como tenía la opinión pública de su parte. Es por lo que el artículo parece expresamente escrito para don Alfonso, que era en definitiva quien podía prescindir de su primer ministro después de oídas las voces del ¡Maura, no! Agitar la opinión contra Maura fue empeño de la campaña de Prensa, influir en el ánimo del Rey fue obra de este artículo.

Es un escrito extenso, bien construido, cuya tesis principal es como sigue: Si el Gobierno no considera apto ni honorable al partido liberal con el que se turna en el poder, quiere decir que la Monarquía sólo debe contar con el partido conservador. Así de sencillo. Evidentemente, estas palabras eran de una gravedad enorme; de efectuarse, supondría el desmoronamiento del sistema.

Después de recordar la contribución histórico del partido liberal en la Restauración, hace referencia a la acusación de De la Cierva y exige que el Gobier-



no se retracte o de lo contrario, cese en sus funciones. En el caso de que ni lo uno ni lo otro se produzca, el partido liberal se considerará desvinculado de la Monarquía.

«La situación es gravísima. La Monarquía cuenta con dos partidos de Gobierno: el Liberal y el Conservador. Después de la sesión que ayer celebró el Congreso hace falta un acto que acredite que la Monarquía no ha prescindido del partido liberal. ¿Es cierto lo que dijo el Sr. La Cierva? La aprobación que a las palabras de este ministro otorgó el Sr. Maura, ¿significa la conformidad plena de los conservadores? Esa conformidad ¿contiene una ratificación de la Corona? Es preciso contestar hoy mismo a estas preguntas. Porque el ministro de la Gobernación ha dicho ayer tarde que sólo los conservadores defienden la ley y que los liberales son auxiliares de la demagogia, partícipes de los anarquistas y colaboradores, por descuido, de los atentados de la dinamita. Y si no rectifica este concepto por una retractación categórica u expresa del presidente del Consejo, y si no se arroja del banco azul al insensato que aquellas afirmaciones formuló, se considerará que el liberalismo español ha sido lanzado de la Monarquía y que ésta juzga que no necesita a otros servidores que los amigos del Sr. Maura. Esa declaración es inminente y ha de ser categórica que no ofrezca duda. Por lo que consideramos el día de hoy como crítico, esencial y definitivo en la orientación de la política española».

Esa misma mañana, en que aparecía el artículo, había de celebrarse Consejo de ministros en Palacio. Pero dado lo delicado de la situación política, Maura acordó con sus ministros acudir solo y solicitar la confianza de la Corona. Era la salida constitucional a la crisis. Lo que sucedió después ya lo conocemos: de aquel encuentro Maura salió dimitido. Moret sería el encargado de formar Gobierno.

El papel que jugó la Prensa en aquellos sucesos es indiscutible. Es unánimemente reconocido que fue un movimiento de opinión el que hizo caer a Maura. «Esta crisis fue, como pocas de las tramitadas y resueltas en tiempos de Alfonso XIII, esencialmente parlamentaria, por cuanto lo fue de opinión» (9). Y, como tantas veces hemos recordado, se debió a los periódicos del «trust». El historiador RAYMOND CARR dice al respecto:

«Maura declaraba que la opinión pública era su norte político y, sin embargo, lo que los liberales llaman opinión, él lo rechazaba como obra de demagogos callejeros y de una prensa vanal —«el sonajero»—. Nunca se enfrentó con el problema de lo que podría ocurrir si la masa neutral votaba sinceramente por el republicanismo o el socialismo «disolvente», «antipatrióticos», si los votantes a los que pensaba liberar

(9) FERNANDEZ ALMAGRO: *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, S. A., 197, pág. 130.



del caciquismo se volvía hacia ellos. Su desprecio hacia la opinión «falsa» arraigaba en su desdén por aquellos que intentaban acabar con él por la calumnia. Así que no intentó nunca seriamente mantener «la opinión» de su lado cuando el «trust» de la prensa liberal se organizó para el ¡Maura, no! (10).

Años después el propio Alfonso XIII, ya en el exilio, confesó al hijo de Maura que aquella dimisión se debió a la existencia de una opinión pública adversa al dirigente conservador.

«Eso que dices en tu libro sobre la crisis del 9, es verdad. Yo cambié de parecer en veinticuatro horas y le admití a tu padre una dimisión que no me había presentado. Te aseguro que la noche anterior había dormido muy poco, después de oír las noticias del Congreso que trajo Ramón Echagüe y las opiniones de muchas personas de seso, que casi todas ellas me aconsejaban el cambio de gobierno; digo casi todas, porque mi madre opinaba lo contrario. La Reina Cristiana, que, en 1903, no me dejó en paz hasta que hube despedido a Silvela y a Maura, sostuvo el 9 a tu padre hasta después de caído y siguió diciendo que me había equivocado. Yo suscribí entonces el ¡Maura, no!, y lo mantuve luego, porque estaba convencido de que no podía prevalecer contra media España, y más de media Europa» (11).

«¿Pueden ser monárquicos los liberales?» había surtido efecto. No es arriesgado decir que aquel artículo pudo inclinar la voluntad regia. El corto espacio de tiempo en que se sucedieron los hechos hace pensar que pudiera haber ocurrido así. El duque de MAURA, recogiendo el testimonio de su padre, cuenta cómo se produjo el cese.

«—Cuando entré en el despacho del Rey, se adelantó él a recibirme y, abrazándome con especial afecto, me dijo, sin darme tiempo a desplegar los labios:

—¿Viene usted solo? Ya sabía yo que iba usted a prestar un gran servicio a la Patria y a la Monarquía. ¿Qué le parece a usted Moret como sucesor?» (12).

Aquella misma mañana Moret fue llamado para formar gobierno. Entre los ministros se encontraba Rafael Gasset, propietario de *El Imparcial*, el cual como dice Pedro GOMEZ APARICIO, se vio así recompensado por el artículo. De este

(10) RAYMOND CARR: *España 1808-1939*. 2.ª ed. Barcelona, Ariel, 1970, pág. 460.

(11) DUQUE DE MAURA Y FERNANDEZ AALMAGRO: *Por quz cayó Alfonso XIII*. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado, 2.ª ed., Madrid, Ambos Mundos, 1948, pág. 156.

(12) DUQUE DE MAURA Y FERNANDEZ ALMAGRO: op. cit., pág. 155.



modo, el «trust» acreditaba su tremenda fuerza: le había bastado un artículo para que un Gobierno sucumbiese (13).

Ello por lo que hace a las consecuencias inmediatas que tuvo, pues a largo plazo tuvo una repercusión histórica. Es por lo que el artículo figura en las obras de quienes se han dedicado a estudiar los sucesos de 1909 y la caída de Maura. Tanto Jesús PABON como FERNANDEZ ALMAGRO, GARCIA ESCUDERO, GARCIA VENERO o el ya citado GOMEZ APARICIO reconocen la importancia del célebre artículo de *El Imparcial*. Igualmente, Fernando SOLDEVILLA en «El año político» habla del eco que alcanzó «¿Pueden ser monárquicos los liberales?».

Al día siguiente, el artículo aparecía reproducido en gran parte de la Prensa. *El Liberal* de Murcia, al igual que los otros diarios del «trust», publicaba un amplio extracto junto a la noticia de la crisis de gobierno.

La difusión que alcanzó fue enorme, pues a la tirada de *El Imparcial* —en aquella época unos 80.000 ejemplares— había de sumarse la de sus coaligados *El Liberal*, 115.000, y *Heraldo de Madrid*, 124.000 (14). Sin olvidar a los cinco «liberales» de provincias y a otros periódicos que, siguiendo una costumbre muy frecuente entonces, lo incluían parcialmente en sus páginas.

Con el tiempo se vio que la campaña de Prensa no iba a provocar solamente la caída de Maura, sino que también influiría en la escisión del partido conservador.

En primer lugar, aquella fecha del 21 de octubre supuso para Maura mucho más que una dimisión, marcaría en realidad el fin de su carrera política. Los sucesivos gobiernos de los que formó parte se limitaron a ser gobiernos de concentración, en los que intervino como simple adorno de lujo. Como dice FERNANDEZ ALMAGRO: Maura había sido en 1903 un gobernante; en 1918, sólo una figura decorativa, después, un recuerdo (15).

El día 23, *El Imparcial* publicaba de nuevo otro artículo que, con el título «He fracasado Maura. No han fracasado los conservadores», iba a sembrar la división en el partido. Hábilmente, después de recordar los errores del jefe, pasaba a hacer una alabanza de Eduardo Dato, con el objetivo evidente de enfrentar a los dos políticos. La tesis del artículo era que durante el gobierno de Maura no habían gobernado los conservadores y, por tanto, de los fracasos del presidente no se podía responsabilizar al partido. Por consiguiente, se hacía necesario sustituir al jefe por otro más idóneo.

(13) GOMEZ APARICIO: op. cit., pág. 270.

(14) Datos tomados de la *Estadística de la prensa periódica de España referida al 1.º de abril del año 1913*, Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1914.

(15) FERNANDEZ ALMAGRO: op. cit., pág. 395.



De este modo, prosigue la campaña, pero esta vez con la intención de echar a Maura de la jefatura del partido, como antes le habían echado de la del Gobierno.

El día 24, *El Liberal* de Murcia se hacía eco del artículo de *El Imparcial*. En días sucesivos, ya hasta bien entrado el mes de noviembre, el periódico murciano informaba de las manifestaciones antimauristas que aún seguían celebrándose.

El día 25, *El Liberal* de Madrid publicaba un manifiesto firmado por Pérez Galdós, Giner de los Ríos, Romero, Soriano, Ortega y Gasset y Pablo Iglesias, entre otros, en el que se anunciaba una gran manifestación democrática.

Los periódicos de provincias, fielmente unidos al tronco común, continuaron su andadura antimaurista durante algún tiempo, aunque con menor fuste que en la etapa álgida de la campaña. Los liberales estaban ahora en el Poder y, lógicamente, la lucha que venían sosteniendo los periódicos del «trust» había de concluir.

El Bloque de Izquierdas, que se había mantenido por razones exclusivamente coyunturales, se disolvió al asumir los liberales las responsabilidades de Gobierno. En el mes de noviembre se formó la Conjunción republicano-socialista. Los liberales permanecieron unidos, pero el final se separarían en dos fracciones, una seguidora de García Prieto y la otra de Romanones. En cuanto a los conservadores, el veto liberal a Maura sería el origen de la división del partido en mauristas e idóneos.

La Sociedad Editorial de España no se deshizo, aunque, eso sí, su gran época había pasado. En abril de 1916, *El Imparcial* abandonó definitivamente el «trust»; al parecer, hacía tiempo que su representante Ortega Munilla se había retirado del Comité ejecutivo. Tanto *El Liberal* como *El Imparcial* dieron la noticia el 26 de abril. Manuel ORTEGA Y GASSET en su biografía sobre *El Imparcial* asegura que supuso una gran liberación la separación del «trust» (16).

La Sociedad, que seguía siendo propietaria de *El Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal* de Barcelona, *El Liberal* de Bilbao, *El Liberal* de Murcia, *El Liberal* de Sevilla, *El Defensor de Granada* y *La Moda Práctica*, siguió subsistiendo, pero no tardaría en caer en una progresiva decadencia económica, sobre todo después de la muerte de Miguel Moya en 1920. La Sociedad fue comprada por los industriales catalanes hermanos Busquets, que la conservarían hasta la guerra civil (17).

(16) OORTEGA Y GASSET: *El Imparcial. Biografía de un gran periódico español*, Zaragoza, Librería General, 1956.

(17) GOMEZ APARICIO: op. cit., pág. 275.



La histórica campaña de 1909 fue la actuación más importante de la Sociedad Editorial de España, la que le ha hecho pasar a la posteridad. Con ella se puso de relieve la importancia de la Prensa, en una época en la que no existían medios de comunicación con tanto poder de difusión como la televisión.

Uno de aquellos diarios, *El Liberal* de Murcia, ha dejado constancia de ello: sin él –como sin el resto de los «Liberales»– no se podría conocer hoy lo que fueron aquel imperio periodístico y el influjo político que tuvo.

